



CIENTÍFICO-LITERARIA

AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,

D. Eduardo Portalés Segura

REDACTORES,

D. Enrique Segura.	D. José Fola Iguabide.
D. Cayetano Ilguet.	D. Fernando Sasset.
D. Bernardino Montiel.	D. Carlos Alinás.
D. Enrique Berales.	

— AÑO V. — Castellon 13 Setiembre de 1885. — NÚM. 33. —

SUMARIO. Nuestra manifestacion anti-alemana.—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Martin Lutero, (conclusion) por «M. Gimeno Laplace.»—La moda, por «Prudencio Solís.»—Un amor pasado por agua, por «N. de Leyva y Vizcarro.»—Notas e impresiones, por «Nomen.»—Cubiertas y anuncios.

NUESTRA MANIFESTACION ANTI-ALEMANA

VIVA España! ¡Viva la integridad del territorio! Este era el grito que el último domingo daban poseídos del mayor entusiasmo todos los castellonenses. Lo han dicho ya nuestros queridos colegas de la capital y nosotros debemos también consignarlo: «Castellon ha sabido responder de una manera solemne y entusiasta al grito que hoy lanza la patria contra los que la han ultrajado.»

El espectáculo tan sublime que ofrece hoy la nacion española ante el incalificable atropello del coloso moderno y el génio alemán, es altamente consolador. Este espectáculo solo se ha presentado tres veces en nuestro siglo: en 1808, 1860 y 1885.

Y es que á pesar de aparecer divididos extraordinariamente los españoles en cuestiones intestinas, en cuanto se toca á un pelo de la honra nacional, en cuanto se trata de herir en lo más mínimo nuestra Independencia, desaparecen como por encanto todos los partidos y solo queda uno: el *partido español*.

Bismarck es un ignorante ramplon al suponer que puede atropellar á España, porque es más fuerte y porque domina la Europa con sus consejos. Bismarck es poco sensato al creer que ningun gobierno español pueda prevaricar y soportar que se quite una sola piedra de su sagrado suelo.

¿Le alienta el ejemplo de Gibraltar en poder de los ingleses? Sabido es que Gibraltar fué ocupado en nombre del archiduque Carlos, competidor de Felipe V al trono de la guerra de Sucesion. Es decir, que los ingleses, apoyaban al archiduque, como le apoyaban Cataluña y otras regiones españolas; y cuando muerto el emperador José, sucedióle su hermano el archiduque, Gibraltar quedó en poder de los ingleses, partidarios de éste. Así están los ingleses en Gibraltar, á pesar de formales promesas de devolverlo á España en diferentes ocasiones.

Bismarck, si conoce la historia de España, no conoce al génio español; y todo grave diplomático debe conocer el génio de las naciones para no errar en sus cálculos. Napoleon I y Napoleon III erraron igualmente los suyos respecto al génio español, y el primero murió en el peñon de Santa Elena,

dejando escrito en su *Memoria: La guerra de España me perdió; no debí atentar á su independencia*, mientras el segundo cae en Sedan, por haberse opuesto á que los españoles pensasen en un príncipe alemán para la corona vacante por la revolución de Setiembre.

Si á Bismarck no le dicen nada los 200 años de resistencia á cartagineses y romanos, los 700 años de batallas contra los moros para recobrar palmo á palmo el suelo sagrado de la patria; si nada significan para él los sacrificios heroicos de Sagunto y de Numancia en lo antiguo, y Zaragoza y Girona en la edad moderna; sino hablan elocuentemente á su conciencia, ya que no la moral el conocimiento íntimo del pueblo español; si nada le dice el *memorial* de su maestro el gran Napoleón, ¡Bismarck es un loco! ya que no podemos tacharle de inepto.

El orgullo del águila imperial en su rápido vuelo, mira al león español tendido, sí, y postrado por sus grandes desdichas ó infinitas calamidades; pero no vé que está pronto á alzar la terrible garra contra el temerario que se le atreva en su misma postración, y á desplomar y destrozarse la cabeza de esa águila que se ha atrevido á darle un picotazo en los últimos pelos de la cola; que tal son las islas Carolinas en el cuerpo sagrado de la patria española.

No lo haga Bismarck y aperebase á escribir como Napoleón en sus *Memorias: La guerra de España me perdió*.

Sección Científico-Literaria

MARTIN LUTERO

Conclusion. (1)

PARA evitar, pues, este momento ó, cuando ménos, aminorar el número é intensidad de las impresiones, así como también para abrir más ancho campo á la posesión mental en los clérigos de la palabra *mundo*, Martín Lutero creyó conveniente permitir el matrimonio en los encargados del culto. Semejante decisión, por un lado altamente ven-

(1) Véase el número anterior.

tajosa á la sociedad y, por otro, sin oposición alguna en la ley natural, ha venido con el tiempo á imprimir mayor carácter de facilidad á la propaganda del protestantismo y al mejor cumplimiento de sus leyes, que el que todavía conserva el catolicismo, más puro desde luego, pero, por eso mismo, más expuesto á no ser observado cumplidamente. Creemos de todas veras que asunto como el que nos ocupa está hoy muy por encima del absoluto vasallaje que requiere imponer á los católicos respecto de las decisiones de los concilios y á las leyes pontificias. Rebelarse contra unas ú otras es hacerse blanco del anatema; pero ¿creéis acaso que el entendimiento humano en su libertad de pensamiento dejará de analizarlo todo?... Desde luego que no. En consecuencia, si todos pensamos cuanto queremos, ¿qué diferencia existe entre nosotros y Fr. Martín?... Una muy radical y muy sencilla: que nosotros callamos y aquél habló; que al obrar de este modo atacó resueltamente al Pontificado, y con el número de súbditos que de él se emanciparon tuvo el mejor argumento en contra de aquél, pues á más de los desertores de entonces, la inmensa mayoría de cuantos quedaron y quedan, fueron y son para el mundo lo contrario que para ellos: es decir, católicos de nombre ante la sociedad; todo, ménos católicos, ante sí mismos. Sabemos el peso que tiene nuestra aseveración y la formulamos sin escrúpulo de conciencia. Demostrarla nos es imposible; para ello nos sería precisa una enojosa estadística de vidas privadas, y eso que nos es difícil, resulta lo más baladí del mundo para quien se dedique por corto tiempo á la observación.

Conocemos que hemos abandonado por un momento el razonamiento general, para descender á detalles que á alguien parecerán sin fuerza ó de sobra; pero nada más erróneo en quien tal piense: cuanto hemos dicho sobre la materia que nos ocupa, ni sobra, ni falta, ni huelga. El ataque de una institución y la defensa de otra, se hace por masas ó secciones de igual modo que una guerra, y, después de todo, siguiendo la línea de conducta que antecede, hemos conseguido probar: 1.º Que Lutero no está en contradicción consigo mismo, y 2.º Que en la última parte de doctrina por nosotros reseñada, ventaja por lo racional y lo práctico á todas aquellas que anhelando acercarse al empirismo de la idea, se alejan, cuanto más vuelan, de la realidad de la materia.

Finalmente; á pesar de lo dicho por autorizados escritores asegurando que Fray Martin, lejos de ser positivista era idealista, nosotros insistimos en nuestro anterior aserto, enunciado al principio del artículo. Porque, en efecto: ¿á qué fin tendió más particularmente en su obra de reforma?... A terminar de una vez los errores de su siglo por medio de sus predicaciones y, evidentemente, al bien temporal de la humanidad, dentro del cual pueden las almas alcanzar el bienestar eterno. Hablar de egoísmo en él es ridículo: siendo jefe de miles de vasallos se ganaba el sustento trabajando constantemente y, aun así, segun frases propias, *nunca llegó á satisfacer todas sus necesidades.*

Terminando:

Si cuantas razones hemos expuesto no os han hecho convenir con nosotros, vamos á emitir nuestro último argumento:

¿Qué creéis más fácil en el hombre á vista de un escándalo perjudicialísimo? ¿La indignación que hace obrar inmediatamente ó la pasividad absoluta? Si asegurais con nosotros que lo primero, Fr. Martin, espíritu superior á los demás por su resolución, no dejaba de ser uno de tantos en lo relativo al impulso interno que le movió á rebeldía. Siendo, como lo era, amante de la perfección, lo que nos hemos propuesto juzgar, que es el momento psicológico en que concibió su idea, acusa claramente en él un carácter eminentemente positivista, puesto que para ello tuvo incontestable necesidad de estudiar y *agilatar matemáticamente*, como antes dijimos, el estado de la Iglesia y las consecuencias que su voz pudiera producir al atacar el trono de San Pedro.

Por consiguiente, pues: Lutero, animado por un buen fin de virtud y acierto, no representa á los ojos de la historia el papel de monstruo infernal, sino, por el contrario, el del criterio humano que vé descarriada la dirección y práctica del cristianismo, y aun á costa de los para él más temidos peligros, llega al límite de la abnegación.

Si los apóstoles del protestantismo contemporáneos y posteriores á Fr. Martin, interpretaron torcidamente sus palabras; si movidos por bastardas pasiones desvirtuaron, al modificarlas, sus doctrinas; si han exagerado sus exclusiones; si hoy, en fin, la dudosa imparcialidad de la historia no dá luz clara sobre el monje Agustino, vosotros los que libres de preocupacion y

sin temor á la excomunion que os amenaza por examinar el dogma, procureis concluir una hipótesis probable sobre lo que nos ha ocupado en este artículo, os convencereis á conciencia del acierto que consigo lleva la permission del libre exámen.

M. Simeno Laplace.

LA MODA

Hé aquí el gran tirano de la sociedad moderna, de la familia y del individuo; la reina soberana cuyos dominios se extienden á todas las clases, á todas las edades y á todas las esferas de la vida.

Bajo uno ú otro concepto, el imperio de la moda alcanza al hombre, á la mujer, al niño, al jóven, al anciano, al potentado y al mismo jornalero.

Y la moda no se limita ya á mandar despóticamente en los trajes; se impone tambien de una manera irresistible en todas nuestras costumbres.

Si quereis dar un paseo, tendreis que consultarle antes cuáles son las horas de salir de casa, y cuáles los lugares donde el paseo es en cada época permitido. Libres Dios de andar por donde los demás no andan, por donde no va la corriente en su turno, porque os vereis solos y sereis reputados de misántropos aunque elijais el sitio más conveniente y más ameno.

Si quereis saludar á vuestros semejantes, no le preguntéis á la urbanidad en qué forma debereis hacerlo; preguntadle á la moda, y ella os dirá que si un día se estrechaba suavemente la mano del prógimo, ahora nadie os tendrá por amigo cariñoso y culto si no la apretáis hasta estrujarla, ó si no descoyuntáis un brazo dándole violentas sacudidas. La broma será todo lo pesada que se quiera y difícil de resistir para los que practicamos poco la gimnasia, y optaríamos por las delicadas insinuaciones á *la antigua*; pero es preciso rendirse, aunque luego tengamos que hacer algunas aplicaciones del árnica.

Hoy sería poco ménos que grosera descortesía dar lisa y llanamente unos buenos días, unas buenas tardes ó buenas noches, como las daban nuestros pobrecitos abuelos; hay que ponerse á los piés de las señoras, besar la mano de los caballeros, imprimir un ósculo en cada mejilla, é intercalar en-

tre las preguntas y respuestas que mutuamente se cambian, un diluvio de gracias.

Guardémonos de dar un solo paso sin tomar antes el *santo y seña*; esto es, sin enterarnos de lo que la moda tiene para cada caso y para cada situación establecido, pues no hay rincón alguno donde la moda no penetre, ni acto en que no intervenga.

Pero donde la moda tiene establecido su cuartel general, y aquí entra lo más grave; donde ejerce toda su trascendental y suprema autoridad, es indudablemente en lo que atañe á los vestidos.

Todo lo que uséis para preservaros de los agentes exteriores, ha de pasar indefectiblemente por el tupido tamiz de la moda, la cual se encarga de modelar hasta las formas del cuerpo con arreglo al último figurín.

Si alguno intenta sustraerse á esta tiranía, ya sabe que según el sexo de la víctima y el humor del verdugo, lleva aparejado el calificativo de *cursi*, *cursilon*, *cursilona*, etc., y que casi se expone á ser expulsado de la buena sociedad por rebelde á una autoridad unánimemente acatada y por todos reconocida.

Los zapateros, los sastres, los sombrereros, las modistas y los *modistos*—que ahora hay *modistos* también, mal que pese á la seriedad del hombre y al génio de nuestra lengua—son los ejecutores de los *uhases* de la moda, y los verdaderos árbitros de nuestra maltrecha humanidad.

Desde el momento en que os encargáis unas botas, por ejemplo, disponéis á apoyar el talón sobre un prolongado y puntiagudo cono en forma de embudo y á meter el pie en una mazmorra. No arguís los peligros y las molestias que puedan resultar, porque pasareis por gentes atrasadas y os pondreis en ridículo. Hay que andar descalzos ó entregarse á discreción á estos despiadados Crispines, que tienen casi baldadas ó cuando ménos cojas y renegadas á las nueve décimas partes de la presente generación.

Siempre que vayamos de moda y podamos parecer bien á los demás, sufriremos con paciencia y hasta con gusto que la camisera nos ponga al cuello un dogal de fuertes entretelas, peor que el antiguo corbatín de cuero; que el sastre nos sepulte en un pesado y descomunal saco propio de la Siberia; que el sombrerero ensaye caprichosamente sobre nuestras cabezas desde el sombrero de copa chato ó rebajado, hasta la elevadísima y campanuda colmena de los primitivos milicianos; que la corsetera hunda

las costillas de una dama para hacer de su cuerpo dos conos unidos por la punta en la cintura; y en una palabra, que todos los que nos visten y nos calzan hagan de nosotros cuanto quieran.

La moda cuenta hoy con esposas para los brazos, grilletes para los pies, cepos para el cuello, y en fin, con un cúmulo de torturas tan completo y perfeccionado como pudo tenerlo en sus buenos tiempos aquel bendito tribunal de la Santa Inquisición.

Hasta dispone, como los órdenes arquitectónicos, de sus correspondientes molduras para la decoración del edificio humano. Ahí están, en lugar de los *cavetos*, *escocias*, *gorgueras*, etc., los *cerquillos*, los *crepés* y particularmente los nunca bastante aplaudidos *polisonas*, especie de mayúscula charretera, que con el tiempo ha cambiado de sexo y de asiento; aditamentos todos inventados por la superchería y por la más rematada locura, y merced á los cuales viven en perpétua evolución las formas esculturales de la mujer.

Antes al ménos el que huía de la moda podía hallar en ciertos lugares un asilo tranquilo donde le dejase en paz. Ahora la moda nos persigue á todos en todas partes y en todas las estaciones del año. Las gentes que huyen de los rigores del estío trasladándose de la ciudad al pueblo de recreo, al campo y á las frescas playas, en lugar de formar lo que llaman *colonias de verano*, lo que forman son colonias de mártires, sacrificados donde quiera por la moda.

¡Y en esto se hace consistir el buen gusto, la elegancia y el buen tono!

Amamos la libertad, queremos llamarnos libres, y voluntariamente nos hacemos esclavos de toda esta suerte de frivolidades.

¡Si al fin nos reportara algún bien tanta debilidad! Pero desgraciadamente, las modas están de ordinario reñidas, no solo con nuestra comodidad, sino también con la higiene y con la economía.

Sería necesario escribir un grueso volumen si quisiéramos enumerar los males que ocasionan las detestables condiciones higiénicas que bajo el influjo de la moda se dan á todo lo que constituye el vestido. Unas veces se mortifican cruelmente los pies y se dificultan el equilibrio y el movimiento, y otras, la compresión de las diferentes partes del cuerpo contraría su desarrollo y las funciones más importantes de la vida. ¡Cuántas jóvenes habrán descendido prematuramente al sepulcro á consecuencia de afecciones

contraídas por un mal entendido gusto en el uso de los trajes!

No hay para qué decir tampoco los perniciosos efectos que la manía de las modas produce en la economía doméstica, verdadera base de la felicidad de la familia. Este, es, sin duda, el aspecto más delicado de la cuestión, y sobre el cual echaríamos de buen grado un tupido velo.

Forzoso es decir, sin embargo, que la moral, la pureza de las costumbres y el bienestar de la familia, corren grave riesgo cuando se carece de virtud para resistir al continuo oleaje de las modas, causa de tantos naufragios.

Si nosotros hubiéramos de predicar la reforma y el mejoramiento de las costumbres, no vacilaríamos en dirigirnos particularmente á las mujeres, en cuya debilidad fundan su imperio los delirios de la moda. Nos dirigiríamos sobre todo á las madres, á las encargadas en primer término de velar por la salud física y moral, por la suerte de sus hijas, y les aconsejaríamos que se uniesen en estrecho lazo para hacer frente con decisión á las preocupaciones sociales que las subyugan, y para rechazar con energía al enemigo llamado *la moda*, que rodeada de encantos seductores se introduce insensiblemente en el hogar y arrebatada á la familia el fruto del trabajo y de la economía y mata el ahorro y deja tras sí cuando ménos la pobreza con todo su cortejo de calamidades.

Nos dirigiríamos también á esta sociedad irreflexiva para pedirle en nombre de sus más sagrados intereses, que modificase radicalmente la educación frívola y superficial con que dota generalmente á la mujer, sustituyéndola con otra más seria y más racional que pueda servirle de preparación para el cumplimiento de sus nobilísimos destinos como madre de familia, como maestra natural é irremplazable de sus hijos, como encargada, en fin, de establecer una perfecta armonía entre los medios y las necesidades del hogar doméstico.

Señalencio Solís.

UN AMOR PASADO POR AGUA

I.

—¡Roque!
—¡Julio!

—¿Qué me cuentas de Costasalada? (1)
¿Te has divertido mucho en los baños?

—¡Ojalá no hubiese ido nunca á tomarlos!

—¿Has estado enfermo? Ahora noto que estás más pálido que antes de tu marcha.

—He tenido un desafío en el que no me fué la suerte muy propicia. Entremos en este café y te contaré detalladamente mi aventura veraniega.

—Vamos.

II.

Ya sabes que te anuncié mi partida á Costasalada, invitándote para que me acompañases; invitación que rehusaste pretextando ocupaciones estrañas en tí, que no piensas más que en divertirte, sin hacer cosa de provecho. Mi salida de aquí, fué el día 22 de Junio á la una y media de la tarde, con un calor capaz de hacer hervir el agua de la caldera del tren, sin necesidad de carbón de piedra.

Subí á un coche que estaba desocupado y momentos despues un agudo silvido me anunció que nos poníamos en marcha. Corrí la cortina de la ventanilla y despues de desabrocharme el chaleco, me acomodé lo mejor posible sobre el asiento y me dispuse á *devorar* las páginas de una novela de Pereda.

Un cuarto de hora llevaria de lectura á compás del antipático traqueteo del coche que me obligaba á hacerle continuas reverencias al libro, cuando el tren se detuvo en una estación cuyo nombre no recuerdo en este instante.

Me incorporé perezosamente en mi asiento, y poniendo el dedo índice de la mano izquierda entre las hojas de la novela para no perder el pasaje que leía, con la derecha separé la cortina de la ventanilla para ver el aspecto del país.

No merecia éste la pena de haberme incomodado. Una estación de escasa importancia; en la falda de una loma un grupo de casas pobres en su generalidad, y separadas de la llanura por una acequia con pretensiones de río, que circundaba la loma en cuya cumbre campeaba un castillejo medio derruido. Lo restante del paisaje estaba ocupado por grandes sábanas de mies que ya pedían á voz en grito la corva hoz de los segadores. Todo el cuadro recibía á plomo las gotas abrasadoras que en forma de rayos sudaba el sol, que perezosamente reclinado

(1) Es inútil que el lector quiera recordar en qué provincia está Costasalada. Es un nombre supuesto.

en su azul hamaca se recreaba con el canto de los grillos y de las cigarras.

No estrañes que á pesar de su poca importancia te detalle tanto el paisaje: ya sabes que soy pintor y que poseo un buen golpe de vista.

Iba ya á retirarme de la ventanilla, cuando divisé á una pareja bastante desigual para ser dos cónyuges, y que sin embargo juzgué ser un matrimonio, que se dirigió al departamento que yo ocupaba con la intencion manifiesta de acomodarse en él.

Bastante me disgusté cuando ví que efectivamente querian dispensarme el honor de ser mis compañeros de viaje. En una siesta de tren un departamento por persona nos parece poco; además el marido, que era un hombre alto y enjuto de carnes, no me fué muy simpático y esperaba de él todas las impertinencias que nos disgustan en un compañero de viaje; afortunadamente no fué así, pues el hombre se limitó á dar las buenas tardes, y despues de tenderse en el asiento que estaba frente al mio, se durmió para no despertar hasta las dos horas.

En cámbio su mujer, que era una morenita de unos veinte años y que no me fué nada antipática, me hizo sufrir alguna incomodidad.

En primer término, tuve que encojarme en mi asiento para que pudiera colocarse ella y colocar una porcion de cajas y sombrereras que siempre son la escolta de una mujer jóven y bonita. Tambien tuve que abstenerme de fumar, pues aunque ella nada me dijo, supuse que con el calor que hacia y estando corridas las ventanillas no le seria muy agradable el humo del cigarro. Me consolé pensando que cuando el sol *diera de mano* y estuviesen abiertas las ventanillas, me resarciria fmando por cuatro.

Como entretanto el tren habia vuelto á ponerse en marcha, abrí otra vez la novela y procuré refrescar con ella las ardientes horas de la siesta.

En fin, para no ser más largo en el relato de mi viaje, diré que llegamos, sin ningun accidente, á Costasalada á las siete y pico; y digo que llegamos, porque el término de viaje de la pareja que conmigo venia, era tambien aquel pueblo.

III.

En la estacion de Costasalada encontré á mis parientes que me esperaban con un carruaje; pues el trecho que separa la aldea de la estacion es bastante largo, y yo habia

tenido buen cuidado de telegrafiar dos dias antes.

Mi tia y sus hijas se apoderaron de mí con una alegría sin igual, y cuando pude verme libre de sus brazos, ya habian partido mis compañeros de viaje en una desvencijada tartana que hacia el servicio entre la estacion y el pueblo.

Mucho sentia que me tratasen de descortés por no haberles saludado antes de separarnos, máxime, cuando en la última hora de viaje habia cambiado una veintena de palabras con la señora, y no habia despreciado un cigarro que me ofreció su marido.

Cuando cesaron mis parientas de prodigarme sus caricias, le tocó el turno á mi tio, el cual, despues de darme un afectuoso abrazo, me preguntó por mi salud, mis cuadros y la política, prometiéndome organizar algunas escursiones de pesca para la temporada de baños.

Por fin, subimos al carruaje, y empuñando mi tio las riendas de la yegua, nos condujo en media hora á la pequeña villa de Costasalada.

Esta no era mas que un grupo de casas pequeño pero muy alegre, separado del mar por una veintena de metros.

La calle principal, que era donde vivia mi tio, estaba formada por una línea de casas paralela á la playa, todas ellas pintadas de chillones colores y sombreadas por sendos toldos, bajo los cuales se comia, se jugaba al tresillo, se tocaba la guitarra y se hacian otra porcion de cosas. Aquello solo se podia considerar como media calle, enfrente de la cual bramaba ó suspiraba el Mediterráneo, besando ó dando de cachetes á la arena, segun el humor de que estuviesen sus aguas.

Despues de quitarme el polvo, lavarme la cara y consolar mi estómago con una más que mediana jícara de chocolate con sus correspondientes rollos y mogicones, salí á dar un paseo por la orilla del mar en compañía de mis parientes.

Aunque por mi gusto hubiese deseado admirar la belleza de la costa en compañía de mis dos primas, su papá á quien preocupaban muy poco las bellezas del paisaje, me habia cojido por su cuenta y trataba de demostrarme que la actividad política de Martos tenia *esta ó aquella* trascendencia, y que no pasaria mucho tiempo sin que hubiese *crisis* parcial ó total en el Gabinete.

Tuve que resignarme á escucharle y le dejé explanar el *programa* que él pondria

en práctica si fuese Presidente del Consejo. Yo me limité á prestarle mi asentimiento, haciendo signos afirmativos con la cabeza.

Después de cenar tuvimos baile bajo el toldo de la casa, y á él concurren la mayor parte de los vecinos, que ya me eran conocidos de otros veranos.

A pesar del cansancio del viaje bailé bastante, y tuve que cantar unas malagueñas, accediendo á los deseos de mi prima Matilde.

Por fin, pude tenderme en la cama y pronto me dormí, como se dormían los justos—cuando los había—soñando en las impresiones del viaje y en el verano que me esperaba.

IV.

Tres días había pasado en compañía de mis parientes sin hacer otra cosa que pasear, jugar al tresillo y bailar por las noches; lo que me decidió al cuarto día á madrugar para tomar el baño, objeto principal de mi estancia en el pueblo.

A lo largo de la costa y un poco á la izquierda de la aldea, había una colección de casillas construidas con cañas y desparamadas por la playa, que estaban destinadas á servir de guardaropía, y que era donde se desnudaban y vestían los bañistas.

Estos acostumbraban, en su mayoría, á bañarse por la tarde, y entonces había separación de sexos; los restantes—que eran pocos—tomaban el baño por la mañana, confundidos mujeres y hombres, sin que se tuviese que deplorar ninguna falta de moralidad.

Serán las seis de la mañana cuando entré en el baño. Yo soy mal nadador y me contento con situarme donde el agua me llegue á los hombros.

El aspecto del mar aquella mañana era hermosísimo. Los rayos del sol que entonces lo herían oblicuamente, hacían brillar chispas doradas entre las verdes aguas, que levemente rizadas por la brisa, parecían mecer entre sus pliegues millones de fósforos encendidos.

Me encontraba dando todavía diente con diente á causa de la impresión de frialdad que se siente al entrar en el baño, cuando ví salir de la casilla que enfrente de mí tenía, á una pareja que no era otra que la que viajó en mi compañía.

Se me había olvidado decirte, que según pude averiguar en la corta conversación que con ella tuve en el tren, el marido era un comandante de infantería en estado de reserva, que venía á disfrutar de una licencia

de dos meses, sumergiéndose en el agua en compañía de su *costilla*.

No puedes imaginarte la extravagante figura del militar en traje de baño. Era el comandante—como ya te he dicho—alto y apergaminado, y poseía además unos bigotes, que más que bigotes, parecían las astas de un toro *corni-abierto* y *fino de agujas*. Llevaba *mi hombre* unos calzoncillos de baños muy ajustados al cuerpo y rayados de azul y blanco; si á esto añades, un anchísimo sombrero de palma vasta, para resguardarse del sol, comprenderás la començon de reír que tuve, apenas lo divisé.

Su esposa, por el contrario, fuese que estaba realmente bella, fuese ilusión de artista que sorprende á una mujer en traje de los que para nosotros suelen estar vedados; me pareció más graciosa y bonita que el día en que la conocí.

Llevaba la joven militar una ancha túnica de color de garbanzo cuyos pliegues ondulaban á impulsos de la brisa marina; cubría su cabeza con un sencillito sombrero de paja con cinta azul, que dejaba escapar por su parte posterior una trenza negra medio deshecha que el sol tornasolaba de un color azul oscuro.

Después de santiguarse devotamente, avanzó la hermosa bañista al sitio desde donde una pequeña ola acababa de replegarse hácia el mar, sin duda en busca de otra compañera con quien fundirse para volver con más bríos á extenderse sobre la arena, borrando la espuma que antes dejara. Su blanco y menudo piececito, hacía saltar mientras avanzaba, una multitud de pequeñas gotas que caían como plata fundida sobre la parte inferior de su túnica. Por fin, llegó la ola dando tumbos y vomitando espuma, dejando veladas á mi vista el nacimiento de sus bien torneadas pantorrillas, que la indiscreta brisa de la mañana se había empeñado en descubrir.

No estrañes, amigo Julio, que te detalle tanto una cosa, que hasta ahora para tí no tendrá ninguna importancia y que no obstante es la base de mi aventura.

El matrimonio me dió los buenos días, y acto contínuo, el marido se arrojó sobre las olas cual si tuviese algún resentimiento con ellas. Si en las batallas ha tenido tanta decisión, estraño que no haya pasado de comandante.

Entre tanto, Carolina—que dicho sea de paso es el nombre de la comandanta—empezó á entrar sin miedo en el mar. El agua,

que iba poco á poco ganando terreno en su cuerpo, dibujaba perfectamente sus formas con frescos abrazos. Además el color de la túnica, era de suyo muy tentador.

No sé si sería ilusión ó que el cuerpo habia tenido tiempo de acostumbrarse á la temperatura del agua, lo cierto es, que desde que Carolina entró en ella, me pareció mucho más caliente.

—¡Quién fuera ola!—pensaba yo.

—Está muy fría el agua—dijo la linda morenita como si hablase consigo mismo.

—¿Lo cree usted así?—me aventuré á decirle.—Deje usted que pase la primera impresión. Le puedo asegurar que nunca la he encontrado tan buena.

Poco á poco y palabra tras palabra nos enredamos Carolina y yo en una conversación, que ni que hubiésemos estado cómodamente sentados en casa lo hubiésemos hecho mejor.

Yo, con pretexto del oleaje, me iba acercando á ella, que no se movía del sitio en que se habia acomodado.

Cualquiera que desde la playa nos hubiese mirado, solo hubiese visto dos cabezas que departían flotando sobre la rizada superficie y á alguna distancia, un prolongadísimo cuerpo que daba fuertes manotadas al agua haciéndola saltar y produciendo grandes remolinos.

Mi conversación con Carolina se fué haciendo íntima: por ella supe que el flaco comandante no podía servir de combustible en el corazón de su esposa, para mantener el fuego necesario en el amor.

Cuando salimos del baño, Carolina no era para mí una simple conocida de viaje; así es, que reinó entre nosotros la más franca cordialidad, cuando al poco rato participaba yo del desayuno de los cónyuges, sentados todos tres dentro de un pequeño bote y á pocas varas del sitio donde nos habíamos bañado.

U. de Leyva y Viscarro.

(CONCLUIRÁ.)

NOTAS É IMPRESIONES

Una buena superficie siempre predispone en favor del fondo.

El alma no es mas que el resultado del organismo ¡Oh! ¡tiene unidad, y los órganos son múltiples! pero también tiene unidad el

resultado de cualquiera máquina movida por el vapor.

Ha pasado el tiempo de las sutilezas escolásticas y estamos en el tiempo de las sutilezas políticas.

La teoría es al huevo, lo que la práctica es á la gallina: son resultados mútuos.

Se subirá al sol, se sabrá lo que hay más allá de los astros más lejanos, se descubrirán los misterios, se logrará tal vez lo imposible, pero ¡el hombre conocer al hombre! nunca.

Se sabe que hay dicha, pero no se sabe en donde está, como sabemos que hay tesoros encerrados pero ignoramos en dónde.

Una regla sin excepción sería una excepción de la regla.

Las ideas varían y la conciencia cambia con ellas. La conciencia depende de la educación.

¡La historia humana! Siempre bajezas, crímenes, escándalos, honores, desventuras! En todas partes el odio y la venganza; cuando no la duda, el fanatismo; cuando no el fanatismo, el desorden. Desde los tiempos más remotos hasta la época presente, la tea de la discordia no se ha apagado todavía. La sangre ha sido la única tinta que ha servido para escribir la historia humana.

La pasión empieza halagándonos y acaba martirizándonos.

El dolor es mucho más humano que la dicha. La dicha tiene algo de mitológico.

Decir á un pobre *Dios le ampare* es una burla criminal. ¿Acaso Dios ha de venir personalmente á amparar á los pobres? ¿no ha de amparar á los hombres por medio de los hombres? Los ricos que creen en Dios han de creerse también delegados de Dios para amparar á los pobres.

NOMEN.